

*A la memoria de don Manuel Carrión (1930-2016),  
profesor de Literatura en el Seminario Diocesano  
de Palencia, subdirector y director técnico de la  
Biblioteca Nacional y, ante todo, sacerdote y poeta,  
gran amigo de sus amigos.*

*A la memoria de don Laurentino M<sup>a</sup> Herrán  
(1920-2005), profesor de Literatura  
en los Seminarios Diocesanos de Lebanza  
y de Carrión de los Condes (Palencia),  
doctor en teología, paciente y entregado profesor.*

*Siempre agradecido al magisterio de estos y otros  
buenos profesores.*

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en la mar,  
que es el morir;  
allí van los señoríos,  
derechos a se acabar  
y consumir.

JORGE MANRIQUE (siglo xv)

Por ellos te convido, Manrique, a que levantes  
la copa de la vida cuando la luz nos baña.  
Ríos iremos todos hacia la mar; pero antes  
gastaremos el agua para la sed de España.

MANUEL CARRIÓN, poeta palentino (siglo xx)

## A quien lea este libro

Amigo lector:

Este libro que hoy llega a tus manos se subtitula *Cien relatos para un viaje*. Me refiero al viaje de la vida. Todos vivimos sumergidos en él. Es nuestro más importante viaje. No es circular, como el viaje de Ulises por el Ponto, pero es tan accidentado, al menos, como el que nos cuenta Homero en su *Odissea*. Nuestro viaje no tiene regreso a Ítaca, al lado de una mujer fiel llamada Penélope.

Así que conviene conocer la meta, que, para un creyente, se encuentra más allá de la muerte. En un hogar –así lo esperamos– muchísimo mejor que aquel de Ítaca, donde Ulises, a su regreso y para conseguir la paz, tuvo que empezar por matar a los acosadores y pretendientes de su mujer, comenzando por Antínoo: «Levantaba este una bella copa de oro, de doble asa, y tenía ya en las manos para beber vino, sin que el pensamiento de la muerte

embargara su ánimo [...] Pero Ulises, acertándole en la garganta, hiriole con la flecha, y la punta asomó por la tierna cerviz» (*La Odisea*, rapsodia XXII).

Terrible final para un viaje.

Los cristianos entendemos la historia de nuestra vida no como como repetición de un interminable retorno, sino como proyectada hacia un futuro más luminoso, no circular y tan trágico como el de los griegos. Aunque nuestro viaje sea igualmente corto y lleno de zozobras como el de Ulises, desembocará, cuando llegue a puerto, en los brazos amorosos de Dios.

## **El mar, metáfora de la vida**

El título mayor de este libro suena así: *Mares y travesías del siglo XXI*.

Desde mi juventud he pensado que la vida se parece a una travesía por los mares de este mundo. Siempre he vivido en una tierra no lejana al mar; pero nunca en las costas ni en las playas. Una playa ha sido para mí un soñado premio de verano. Viajar por el mar, un sueño de niño que solo una vez realicé y muchas veces soñé. Desde que leí a Julio Verne no he dejado de ser «un capitán de quince años» a quien le gustaría hacer «veinte mil leguas de viaje submarino».

No sé, lector, en qué momento o en qué etapa te encontrarás de tu particular viaje. Me refiero a los años que tienes en este instante de tu travesía: si eres joven o mayor; si navegas viento en popa y a toda vela, como el pirata del poema romántico. O, por el contrario, la tormenta azota constantemente tu frágil barquilla y te defiendes del huracán como puedes. Atento, porque lo peor son los golpes imprevistos que nos cogen por sorpresa. Hasta el punto de que nuestra barca puede naufragar si no andamos vigilantes. Sería una pena y un lamento.

Así que sube con frecuencia a cubierta; otea sin desmayo el horizonte marino, y, ¡ojo avizor!, ¡enfoca bien tu catalejo!

Joven o mayor, adulto o anciano, este libro es para ti. He tenido delante lo que considero que son las preocupaciones del hombre y de la mujer que ahora mismo andan por la calle, buscándose los medios para vivir dignamente. Estas son, tal vez, tus mismas preocupaciones. Casi seguro que te sentirás con-cernido y relacionado con muchas de las cosas que encontrarás aquí, si con paciencia te decides a abrir y leer este libro.

Busca un poco de sosiego. Para saborear la lectura, lo mejor es acallar el ruido. Métete en el camarote de tu barco o tumbate en la hamaca de cubierta y lee tranquilamente. Si estas páginas te sirven para

dialogar contigo mismo o para discernir y debatir con otros, no habré perdido el tiempo escribiendo.

No tenemos obligación de estar de acuerdo siempre con los que nos rodean. Ni siquiera con los amigos. Pero tampoco con la mujer, con el marido, con los padres o los hijos. Mucho menos con un libro. Lo importante es no caer en la trampa de la discusión estéril.

Volvamos al mar como metáfora de la vida. El mar tiene bonanzas, tormentas y resacas. A veces, nuestra propia barca encalla; otras amenaza con hundirse —o eso nos parece—, y en ocasiones navega sola, abandonada, como aquella pobre barquilla de Lope de Vega evocada en su poema:

Pobre barquilla mía,  
entre peñascos rota,  
sin velas desvelada,  
y entre las olas sola.  
Como las altas naves  
te apartas animosa  
de la vecina tierra,  
y al fiero mar te arrojas...  
Mas, ¡ay, que no me escuchas!  
Pero la vida es corta:  
viviendo, todo falta;  
muriendo, todo sobra (*Poesía selecta*).

Me ha servido de brújula al confeccionar este libro, por supuesto, la Buena Noticia de Jesucristo. Pero he tenido cerca otros dos compañeros y amigos de viaje que me han señalado el camino y me han regalado no poco de su manera de ver y discernir: uno es el apesadumbrado Jorge Manrique en sus famosas *Coplas*, y el otro –más cercano en el tiempo– fue un buen amigo, nuestro profesor de Literatura en el Seminario de Palencia, excelente y humanísimo poeta, don Manuel Carrión Gútiez, a quien he dedicado este libro con inmenso cariño y agradecimiento. Él nos entregó horas de su vida como profesor en el Seminario de Palencia. Y en sus últimos años me dedicó algunos de los poemas que él mismo seleccionó en unas pocas pero hermosas obras literarias... He recordado también a don Laurentino M<sup>a</sup> Herrán, que nos enseñó a escribir bien y a leer literatura de calidad. Él nos corregía con inmensa paciencia los rípios de nuestros incipientes y adolescentes poemas.

Este libro, por tanto, va de navegantes y travesías bonancibles; pero también de naufragios y náufragos, aunque quiere ser, ante todo, un libro de horizontes abiertos y claros.

He intentado, pues, que sea un libro positivo y propositivo, en cuanto que recoge las luchas y alegrías de la gente que aspira a lo que los cristianos entendemos por triunfar y no naufragar.

## Relatos y parábolas

Es lo que vas a encontrarte si sigues leyendo: relatos y parábolas.

Los *relatos* son como el dibujo que he acertado a pintar después de mirar detenidamente lo que pasa por aquí y por allá. Son relatos de un mirón. Me gusta fijarme en las personas para, finalmente, ser indulgente con ellas. Indulgente no es permisivo. Ni conformista o complaciente. Hay que denunciar el mal allí donde se manifiesta; pero hay que abrir mucho los ojos para darnos cuenta de que –como decía Albert Camus–, «en el ser humano hay más cosas dignas de admiración de lo que de desprecio» (*La peste*, cap. 5).

Los creyentes, además, deberíamos hacernos esta reflexión: si Dios ama al ser humano, no vamos a ser nosotros más estrictos que lo que es él. Ni más rigoristas con nosotros mismos ni con nuestros prójimos de lo que Dios es con sus hijos.

Así pues, este libro no quiere ser otra cosa más que una modesta antropología que recoja diversas situaciones existenciales (personales unas, sociales otras). Pretende, eso sí, ser un libro profundamente humano. En todos estos relatos, cortos e hilvanados entre sí –Dios sabe cómo–, he procurado proyectar una mirada crítica, aunque también cálida y en ocasiones hasta humorística.

El humor nos libra de absolutizar y solemnizar personajes y situaciones. Es –con todos los respetos– como quitarles el antiguo y solemne pedestal a los santos de las hornacinas catedralicias.

Jesucristo, además de mucho amor, debía de prodigar también no poco humor. Carecía del hieratismo de los estirados fariseos. ¿Cómo soportar y llevar adelante de otro modo aquella ardua misión que el Padre le había encomendado? ¿Cómo seguir confiando en aquellos torpes discípulos que andaban dormidos en Getsemaní y huidos en el Calvario? Eso sí, estaban presentes en la «multiplicación de panes y peces»: o sea, cuando todo marchaba bien.

Paciencia y buen humor los del Maestro para seguir contando con ellos. Y mucho, muchísimo amor (un amor no acaramelado, ya que conlleva una parte de cruz). Pero sí, insisto, necesitamos mucho amor para andar por la vida. Y también para contarla. Amor no es «buenismo tontorrón». A veces las heridas hay que abrirlas con el bisturí. Y las manos de los cirujanos hemos de pensar que se mueven sobre la carne enferma con profesionalidad y destreza, pero también –¿por qué no?– con mucho amor hacia el enfermo.

Así que te vas a encontrar en este libro diez capítulos, organizados como un imaginario viaje por el mar, y en cada capítulo, diez relatos breves sobre este «andar y ver» o «viajar y ver» que es la vida.

Las *parábolas* que en este libro he mezclado con los *relatos* tienen también mucho de dibujo (o más bien son una pintura de colores vivos). He utilizado, para su confección, los pinceles con los que se hacen cuadros pequeños, miniaturas intencionadas, figuras bien abocetadas (o esto es lo que he intentado). Casi todas son de cosecha propia. Algunas, sin embargo, se inspiran más o menos directamente en narraciones de autores clásicos. A todas, sin embargo, he procurado dar un toque y una redacción personal y original.

Pretendo así hacer la lectura más llevadera y amena.

## **Gozos y sufrimientos**

Metidos en un pueblo o en el barrio de una ciudad es fácil penetrar en los gozos y sufrimientos de cualquier comunidad. Una parroquia es una magnífica escuela de la vida si uno quiere aprender. El barrio de mi parroquia es un típico barrio de ciudad pequeña y un tanto envejecida: o sea, un hermoso lugar donde viven gentes buenas y sufridas.

El viaje de la vida es personal –cada uno responde de sí mismo–, pero es justo y necesario hacerlo con otros. Un cristiano está llamado a viajar al lado de

aquellos que Dios puso a su lado. De ellos aprende, con ellos ríe y llora, y unido a ellos «pesca peces para el reino de Dios», que, tal como está la mar hoy, ya es difícil. Un cristiano –al lado de sus pastores– comparte con su comunidad las preocupaciones de la barca y de la travesía. Hace mucho tiempo que a la Iglesia se la comparó con una barca: la barca de san Pedro, el pescador de Cafarnaún, cuyo capitán es Cristo...

No quiere ser este un «libro negro» o pesimista, como aquel que escribió el florentino Giovanni Papini y que tituló precisamente así: *El libro negro* (1951). Intento abrirme y trasladarme desde la crítica a la esperanza. Me curo en salud antes de que me pongan el sello de «pesimista». Un cristiano –según creo– debe cultivar la alegría y la esperanza, pero siempre abrazado a la cruz de las tormentas nuestras de cada día, que no son pocas. No soy pesimista; pero el lector, desde luego, no encontrará aquí un libro ingenuamente optimista...

Don Manuel Carrión, que mezclaba con habilidad humor e ironía, se atrevió a matizar en uno de sus poemas largos –«Vida y muerte en Tierra de Campos»– el supuesto «pesimismo» de don Jorge Manrique. Lo hizo con unos luminosos versos. Aunque el pensamiento de don Manuel, como el de Jorge Manrique, también estaba dominado por la muerte

(bien lo saben sus amigos Marcelino García Velasco, Carmen Arroyo y otros muchos que le conocían).

Así que, corrigiéndole, Manolo le dice a Manrique lo siguiente:

Mira, Manrique, mira. ¡Si pudieras conmigo contemplar cómo crece la alegría, qué ganas de ascender en el chopo, de medrar en el trigo y el vuelo cadencioso que tienden las campanas! Si acertaran tus brazos a sujetar la pena y a contener el llanto y a taponar la herida, verías cómo puede correr la sangre plena y cómo tan callando se nos viene la vida.

*(Nombre en la tierra, nombre en el agua)*

No siempre es fácil mezclar la alegría con los sabores de la vida. Otra cosa es la esperanza cristiana, que siempre procuramos mantener alta, como bandera en mástil seguro, a lo largo de nuestro azaroso viaje...

He procurado, por tanto, que los relatos escritos en esta travesía lleven la impronta del grumete que aparece en el cuento del relato n. 10, capítulo 1.

Como le ocurre a este muchacho con su mareo, evitaremos perder la cabeza y sosegaremos nuestro ánimo si contemplamos insistentemente el horizonte luminoso al que hemos sido llamados, y que indudablemente tira de nosotros siempre, pero sobre

todo en las horas bajas y difíciles. Animaré siempre al lector para que nunca le venza un mareo mortal. Y así, animando a otros, me animaré a mí mismo.

¡Arriba, pues, la esperanza, que es la mejor hija de la fe!

## **Concluyendo**

Algunos de estos relatos y parábolas aparecieron ya, en su momento, en una publicación quincenal de la diócesis palentina *Iglesia en Palencia*. Mis amigos me han pedido ordenarlos y publicarlos. Otros muchos son inéditos. Escribí también, enhebrando relatos parecidos a estos, otros dos libros publicados por la editorial San Pablo (*El árbol de la cruz* [2012] y *Dios abrazado a este mundo* [2015]). Me di cuenta de que la lectura del relato corto y ágil tiene un público agradecido. Espero que esta vez sea así de nuevo.

Un escrúpulo me asalta siempre, y es el siguiente: a no ser que uno sea un genio, no puede estar recreando su pensamiento constantemente. Sin ser de «ideas fijas», me doy cuenta de que no pocos «pensamientos» y «sentires» que aquí desarrollo se encuentran ya en los libros que acabo de citar. Hasta es posible que uno pueda estar escribiendo un

mismo libro de mil modos distintos durante toda su vida. Algunos autores así lo creen.

En todo caso, la vida sigue y, aun cuando no es circular, también se repite. Recaemos mil veces en las mismas manías y hasta en los mismos pecados. Y paladeamos siempre el mismo buen vino, eso sí, con cuidado.

Por todo lo cual hay que estar pidiendo siempre indulgencia y comprensión. No engañar. Y confesarse uno constantemente con quien tiene a bien leer lo que tú escribes.

Gracias a los que indirecta o directamente han colaborado con esta pequeña y modesta obra. Gracias a todos los que, a pesar de las fragilidades, siguen confiando en uno.

Y gracias a ti, amigo lector, que ahora te dispones a leer. Que te aproveche.

Un saludo.

EL AUTOR

Palencia, Pascua de primavera de 2020

# 1

## ¡Todos a bordo! («Este mundo es el camino...»)

... para el otro, que es morada  
sin pesar; mas cumple tener buen tino  
para andar esta jornada  
sin errar.

JORGE MANRIQUE

### 1. Ponerse en camino

Amanece sobre la mar, donde no hay caminos; solo estelas en el agua, como todo el mundo repite desde que lo dijo sencilla y bellamente el poeta Antonio Machado en sus *Proverbios y cantares*.

Se levantan las brumas de la noche y comienza el abordaje. Alguien, Dios, nos llama a hacer la travesía más importante: la de la vida...

Nada hay más claro que «aquí estamos». Como decía el poeta Miguel Hernández:

Aquí estoy para vivir  
mientras el alma me suene